



## El *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada* de Inácio Rodrigues Vedouro

Pedro Álvarez-Cifuentes  
(Universidad de Oviedo)

### Abstract

Se trata de una edición del *folheto* caballeresco titulado *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada*, de Inácio Rodrigues Vedouro (1734), una adaptación portuguesa de la novela morisca española *Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes. Primera parte de las guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita (1595).

Palabras clave: Literatura portuguesa, *Abencerrajes*, maurofilia, textos caballerescos.

This is an edition of the chivalric chapbook entitled *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada*, by Inácio Rodrigues Vedouro (1734), a Portuguese adaptation of the Spanish Moorish romance *Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes. Primera parte de las guerras civiles de Granada* by Ginés Pérez de Hita (1595).

Keywords: Portuguese literature, *Abencerrajes*, maurophilia, chivalric texts.



## Introducción

El *folheto* de 1734 titulado *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada* de Inácio Rodrigues Vedouro fue publicado en la oficina de Miguel Rodrigues –impresor del Cardenal Patriarca de Lisboa– y constituye una poco conocida adaptación en lengua portuguesa de los capítulos XIV-XVII de la primera parte de la *Historia de los vandos de los Zegríes y Abencerrajes* (1595) del murciano Ginés Pérez de Hita (1544-1619). El folleto es un *in quarto* compuesto por 23 páginas impresas más una en blanco, se puso a la venta en la imprenta del propio Miguel Rodrigues<sup>1</sup> y en los

---

<sup>1</sup> Miguel Rodrigues (c. 1727-1775), «livreiro, impressor e mercador de livros», fue dueño de una imprenta en la Rua Direita das Portas de Santa Catarina antes del terremoto de 1755, y después en la freguesia da Rainha Santa Isabel en el barrio de Rato. «Foi livreiro do Conselho Ultramarinho (Prov. 1727) e impressor do cardeal Patriarca» (Curto, 2007: 158). El primer Cardenal Patriarca de Lisboa fue

«Papelistas do Terreiro do Paço» y tras el final del texto incluía la «Licença do Santo Offício» (censura inquisitorial), la «Licença do Ordinário» (censura eclesiástica) y la «Licença do Paço» (censura civil o política), las tres autorizaciones requeridas en el Portugal del siglo XVIII, datadas a finales del año 1733.

La primera licencia viene firmada por el teatino Caetano de Gouveia (1696-1768), «qualificador do Santo Offício», y la tercera por João Couceiro de Abreu e Castro, caballero de la Orden de Cristo, miembro de la Academia Real da História Portuguesa y «guarda-mor» del archivo de la Torre do Tombo desde 1713.

El *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada* está ambientado a finales del siglo XV durante la legendaria revuelta de los Abencerrajes, cuyo conflicto con la familia rival de los zegríes acabó debilitando el gobierno nazarí de Granada<sup>2</sup>. En la presente versión, Rodrigues Vedouro potencia el interés novelesco del relato, concentrándolo en el asesinato a traición de los príncipes abencerrajes, la falsa acusación a la que se ve expuesta la reina Sultana, mujer del rey Audalhá (Muhammad XII, llamado Boabdil el Chico), y en el torneo en el que cuatro caballeros cristianos – disfrazados de turcos jenízaros y comandados por el bravo Juan de Chacón– defienden la honra de la esposa calumniada y derrotan a los felones musulmanes (al igual que el Magriço y sus compañeros restauraban el honor mancillado de las damas de Lancaster en el opúsculo anterior de Rodrigues Vedouro, el *Desafio dos Doze de Inglaterra*). Como en el original de Pérez de Hita, hábil mezcla de historia y ficción caballeresca, las intrigas de los zegríes acabarán provocando la conversión de los abencerrajes supervivientes al cristianismo, la ruina de Boabdil y la entrada triunfal de los Reyes Católicos en Granada en 1492.

Indudablemente, a través de romances y adaptaciones en prosa, la fama de la *Historia de los vandos de los Zegríes y Abencerrages* alcanzó el dominio de los pliegos sueltos y hojas volantes, un soporte económico que

---

Tomás de Almeida (1670-1754).

<sup>2</sup> Acerca de la presencia del contexto histórico en la literatura caballeresca peninsular, cfr. los trabajos de Marín Pina (1995), Cuesta Torre (2002), Guijarro Ceballos (2002) y Vilches Fernández (2016).

gozó de gran popularidad entre los siglos XVII y XVIII tanto en España como en Portugal (Caro Baroja, 1968; Marco, 1972; Nogueira, 2012). En su *Romancero general, ó Colección de romances castellanos*, Durán (1851, II, 311-315) denomina «romances de la reina Sultana» a las composiciones en pliego suelto que recogen el tema de la sospecha de adulterio de la mujer de Boabdil con el abencerraje Albín Hamad<sup>3</sup>. Rodrigues Vedouro simplifica la trama y suprime algunos de los personajes de la novela de Pérez de Hita, pero mantiene otros como el príncipe Muça –hermano bastardo del rey Audalhá y enamorado de la linda Daraxa– o la fiel esclava Esperança, que actúa de intermediaria entre la reina Sultana y los paladines cristianos. La «maurofilia» (o simpatía por los moros) del relato original sigue patente en el texto del siglo XVIII, así como una ambientación exótica y estilizada, con referencias a bailes cortesanos, torneos y justas caballerescas, muy del gusto de los consumidores de la literatura de cordel<sup>4</sup>.

El motivo de la reina falsamente acusada de adulterio y condenada a la hoguera, procedente de la tradición bíblica y medieval, evoca la historia de otras damas calumniadas como la Constance de los *Canterbury Tales*, la Isomberta de *El Cavallero del Çisne*, la Sevilla de *Carlos Maynes* o la Ginevra del *Orlando furioso*<sup>5</sup>, y culmina con la descripción detallada de los combates singulares de (1) Juan de Chacón contra Mahandim Gomel, (2) Alonso de Aguilar contra Mahandon, (3) Manuel Ponce de León contra Ali Hamete y, en último lugar, (4) Diego Fernández de Córdoba contra el malicioso Mahomad Zegri, cabecilla de toda la conspiración. El valor exhibido en la liza por los castellanos abrirá «caminho à exaltação da Fé Cathólica» y escribirá «nos bronzes da posteridade as memórias de seus illustres progressos». Cabe destacar que Rodrigues Vedouro, sin citar directamente la *Historia de los vandos de los Zegríes y Abencerrages*, alega las

---

<sup>3</sup> Se trata de los romances nº 1298 («Canten elogios / con acordes consonancias / los triunfos más excelentes, / y la más famosa hazaña») y nº 1299 («Ya dijo el primer romance / como se quedó sentada / la Sultana en el tablado, / muy triste y acongojada»).

<sup>4</sup> Sobre la maurofilia literaria, cfr. Cirot (1938), Carrasco Urgoiti (2005) y Benito (2015).

<sup>5</sup> Tyler (1967) y Domínguez (1998) revisan el tema de la falsa acusación de adulterio y el «juicio de Dios» desde la literatura medieval hasta el Siglo de Oro.

mismas fuentes que Pérez de Hita –una supuesta narración en lengua arábiga del sabio Abén Hamín, traducida al hebreo por el judío Rabbi Santo y luego al castellano a instancias de Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos y descendiente de uno de los protagonistas de la aventura<sup>6</sup>– si bien recurre también a alguna fuente inédita, como el relato de un presbítero de la Venerable Congregación de San Pedro Apóstol, que le describe de primera mano el Salón de los Abencerrajes de la Alhambra.

La fortuna de la obra de Pérez de Hita en Portugal no ha merecido la atención de la crítica especializada. En su estudio clásico sobre el personaje del moro y la novela morisca, Carrasco Urgoiti (1956, 93-117) rastrea su presencia fuera de España pero solo aborda la tradición italiana, francesa y anglosajona –con ejemplos como la *Storia Spagnuola* de Anton Giulio Brignole Sale (1640-1642), *Almahide ou l'Esclave-reine* de Georges (o Madeleine) de Scudéry (1660-1663), *Almanzor and Almahide, or the Conquest of Granada by the Spaniards* de John Dryden (1672) o, ya en pleno Romanticismo, los *Tales of the Alhambra* de Washington Irving (1832)– y no hace ninguna mención a la literatura portuguesa<sup>7</sup>. Tras haber publicado el *Desafío de los Doze de Inglaterra* en 1732 (Álvarez-Cifuentes, 2016), Rodrigues Vedouro, buen conocedor de la literatura española, eligió para su nueva incursión caballerescas una historia que –como apunta el censor João Couceiro de Abreu e Castro– resultaba de gran interés para el público portugués, debido a la «união que nos resulta das recíprocas alianças destas duas Coroas, que unidas servirão de horror a seus inimigos e de asylo a seus aliados».

---

<sup>6</sup> «Nuestro Moro coronista [...], visto ya todo el Reyno de Granada ganado por los Christianos, se passó en África, y se fué a vivir a tierras de Tremecén, llevando todos sus papeles consigo; y allí en Tremecén murió y dexó hijos; y un nieto suyo, de no menos habilidad que el aguelo, llamado Argu-taafa, recogió todos los papeles del aguelo, y entre ellos halló este pequeño libro, que no lo estimó en poco, por tratar la materia de Granada; y por grande amistad hizo presente dél a un Judío llamado Rabbi Santo; el qual Judío le sacó en hebreo para su contento; y el que estaba en Arábigo lo presentó al buen conde de Baylén, Don Rodrigo Ponze de León. Y por saber bien lo que el libro contenía de la guerra de Granada, porque su padre y aguelo se avían hallado en ella, o su aguelo y visaguelo, le mandó sacar al mismo judío en castellano» (Pérez de Hita, 1595, 291). Sobre las fuentes inventadas por Pérez de Hita, un recurso habitual de los libros de caballerías, cfr. Puglisi (2011).

<sup>7</sup> Trabajos más recientes (Carrasco Urgoiti, 2002 y 2006) siguen sin abordar la repercusión de la novela morisca en la literatura portuguesa, un estudio que está pendiente.

Siguen siendo insuficientes los datos sobre la biografía de Inácio Rodrigues Vedouro, apellido cuya grafía oscila entre «Vedouro», «Védouro» y «Ve'douro»<sup>8</sup>. En su *Dicionario Bibliographico Portuguez*, Inocêncio Francisco da Silva (1859, III, 215) tan solo ofrece algunos datos sobre su nacimiento en Lisboa y la existencia de dos folletos publicados a su nombre:

Natural de Lisboa.- Ignoro a sua profissão e mais circumstancias; e Barbosa parece que de todo o desconheceu, pois qu'elle não faz menção na *Bibl.*- E.

88) *Desafio dos doze de Inglaterra, que na côrte de Londres se combateram em desaggravo das damas inglezas*. Lisboa, na Offic. Ferreiriana 1732. 4º de 15 pag.

89) *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada em defeza da Rainha Sultana, mulher delrei Audalha*. Lisboa, por Miguel Rodrigues 1734. 4º de 24 pag.

Inocêncio da Silva observa que las obras de Rodrigues Vedouro no aparecen citadas por su contemporáneo Diogo Barbosa Machado en la prolija *Bibliotheca Lusitana*, publicada entre 1741 y 1758, y lo achaca a su limitada difusión: «Tenho estes folhetos como raros: pelo menos não vi ainda de cada um mais que dous, ou tres exemplares na immensa multidão de papeis varios do seculo passado, que me têm vindo á mão» (Silva, 1859, III, 215).

Ante la escasa circulación del folleto, prácticamente inédito hasta la fecha, ofrecemos al público la primera edición moderna del *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada* de Inácio Rodrigues Vedouro. Como en el caso del *Desafio dos Doze de Inglaterra* (Álvarez-Cifuentes, 2016), se ha optado por seguir unos criterios de fijación del texto muy conservadores que reflejen las particularidades lingüísticas del portugués del siglo XVIII. Para ello, se transcribe uno de los ejemplares conservados en la Biblioteca Nacional de Portugal (Lisboa) bajo la signatura RES. 1345//4P (pp. 129-152), y se ha procedido a modernizar ligeramente la

---

<sup>8</sup> Se ha sugerido la hipótesis de establecer una relación familiar entre Inácio Rodrigues Vedouro y su impresor Miguel Rodrigues (Álvarez-Cifuentes, 2016), o con otros librereros de la misma época como Domingos Rodrigues, João Rodrigues, Manuel Rodrigues o incluso un Inácio Rodrigues, apresado en 1753 ante la acusación de «ter impreso, sem licença do Santo Officio, o *Mercurio Gramatical*, o *Mercurio Philosophico* e o *Progresso da Academia*, livros que depois mandara vender» (Gama, 1967: 61).

puntuación original y a actualizar los criterios de acentuación para facilitar su lectura<sup>9</sup>. La narración de Rodrigues Vedouro aboga por la tolerancia en el marco de un idealismo caballeresco todavía vigente en el Portugal *setecentista*, donde el sentido de la honra demostrado por los nobles abencerrajes y su colaboración con los cristianos plantea un nuevo paradigma de «valor hespanhol», independiente del origen racial o la religión de los caballeros.

---

<sup>9</sup> Además del ejemplar RES. 1345//4P, la Biblioteca Nacional de Lisboa conserva otras tres copias del *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada*, bajo las signaturas RES. 4175//23V, H. G. 6776//5V y H. G. 6808//24V. El volumen facticio que contiene los dos *folhetos* de Rodrigues Vedouro presenta una colección de pliegos sueltos de contenido misceláneo, en portugués y en castellano, como el *Tratado de Pax* entre D. João V de Portugal y Felipe V de España, el *Culto Austriaco* de António de S. Jerónimo, la *Historia del Infante D. Pedro de Portugal* de Gómez de Santisteban, la *Historia Nova do Emperador Carlo Magno e dos Doze Pares de França* de José Alberto Rodrigues, la *Historia Verdadeira de Bernardo del Carpio* de António da Silva, la *Historia del Conde Dirlos*, la *Historia de Roberto el Diablo*, la *Historia del Marqués de Mantua*, el *Desengano de Allucinados*, *Caso Horrendo do Peregrino do Inferno* de Salvador José de Barros, la *Novella Disparatoria do Gigante Sonhado* o la *Relação de hum Mostruozo e Horrivel Bicho que nas visinhanças da Cidade de Vísliça, do Reyno de Polonia, se occultava num fragozo monte*.

DESAFIO  
SUSTENTADO, E DEFENDIDO  
NA PRAÇA  
DE GRANADA  
EM DEFENSA  
DA RAINHA SULTANA,  
MULHER  
DELREY AUDALHA.

*Trata-se da conjuração, que houve na Cidade de Granada contra os nobres Abencerrages, e a Rainha Sultana; e de como aquelles se fizeram Christãos, e esta sendo falsamente accusada por adúltera, deu em sua defesa quatro Cavalheiros Castelhanos, que não só matarã aos accusadores, mas também forã causa de se baptizar a mesma Rainha, e de se entregar a ElRey D. Fernando o Catholico todo o Reyno de Granada.*

ESCRITO

Por IGNACIO RODRIGUES VE'DOURO,  
Natural desta Cidade.



LISBOA OCCIDENTAL,  
Na Officina de MIGUEL RODRIGUES,  
Impressor do Senhor Patriarca.

M. DCC. XXXIV.

*Com todas as licenças necessarias.*

Acharseha na mesma Officina, e nos Papelistas do Terreiro do Paço.

Figura 1: Inácio Rodrigues Vedouro, *Desafio sustentado e defendido na praça de Granada*, portada del ejemplar de la Biblioteca Nacional de Portugal, RES. 1345//4P, p. 129 (Cedido por la BNP).

DESAFIO  
SUSTENTADO, E DEFENDIDO  
NA PRAÇA  
DE GRANADA  
EM DEFESA  
DA RAINHA SULTANA  
MULHER  
DEL-REY AUDALHÁ

Trata-se da conjuração, que houve na cidade de Granada contra os nobres abencerrages, e a Rainha Sultana; e de como aquelles se fizerão Christãos, e esta sendo falsamente accusada por adúltera, deu em sua defesa quatro Cavalheiros castelhanos, que não só matarão aos accusadores, mas também forão causa de se bautizar a mesma Rainha, e de se entregar a el-Rey D. Fernando o Cathólico todo o Reyno de Granada

ESCRITO  
POR IGNÁCIO RODRIGUES VE'DOURO  
natural desta Cidade

§

LISBOA OCCIDENTAL  
Na Officina de MIGUEL RODRIGUES  
Impressor do Senhor Patriarca  
M. DCC. XXXIV.

Com todas as licenças necessárias  
Achar-se-há na mesma Officina, e nos Papelistas do Terreiro do Paço

[3, p. 131]

DESAFIO  
SUSTENTADO, E DEFENDIDO  
NA PRAÇA  
DE GRANADA  
EM DEFESA  
DA RAINHA SULTANA  
MULHER  
DEL-REY AUDALHÁ

No tempo em que as guerras civis de Granada anunciavam a toda a Christandade a total transmigração dos Granadinos para as terras Africanas (donde vierão pelos annos de 713 a conquistar as Hespanhas, que dominarão por espaço de oito séculos, até o feliz reynado de Fernando o Cathólico, que dellas os expulsou de todo pelos annos de 1495) succedeo aquelle tão decantado desafio que a Rainha Sultana aprazou em sua defenza contra os Zegrís, e Goméis, Cavalheros de Granada, que com falsas accusações intentarão diminuir-lhe o crédito e a reputação.

Governando El-Rey Audalhá o Reyno de Granada pelos annos de 1491, tinha sua Corte naquella Cidade, que dá o nome a todo o Reyno, e nella muitos Cavalheros illustres, descendentes dos antigos Reys de África, e Marrocos, como erão as famílias dos Abencerrages, Almoradizes, Vanegas, Maliques, Ala- [4, p. 132] bezes, Maças, Zegrís, e Goméis; os quaes erão entre si contrários e oppostos pelas controvérsias que tinham acerca de suas nobrezas. Desejava este Rey concordá-los e fazê-los amigos, por evitar as muitas dissensões que entre elles havia, e para este effeito mandou publicar humas grandes festas, as quaes se havião de celebrar no seu próprio Palácio; e para as fazer mais plausíveis ordenou que a ellas assistissem todos os Cavalheros de sua Corte e que as Damas dançassem publicamente com elles. Chegado com effeito o dia, concorrerão todos a ellas ricamente vestidos e adornados com preciosas galas e divisas de seus amorosos pensamentos. Achou-se também neste acto hum irmão del-Rey Audalhá, o qual se chamava Muça e era homem

de grande valor e altos pensamentos. Andava elle grandemente namorado de huma fermosa Dama, por nome Daraxa, e vendo a occasião opportuna lhe offereceo hum ramilhete, que ella aceitou obrigada mais ao respeito que se devia a Muça do que ao amor que lhe tinha, pois o havia empregado em hum Cavalhero Abencerrage chamado Alhamin, a quem a incauta Dama o entregou sem reparar no agravo que fazia a quem lho dera. Muça, que lhe observava todos os movimentos, vendo aquella desatensão se enfureceo de modo que, levando do alfange, arremeteo contra Alhamim, resentido de que fosse seu competidor em seus amores. Acodirão logo os circunstantes a reprimir-lhe o impulso; e Muça, vendo que não castigara a offensa, rompeo nestas palavras:

– Dize, baixo e vil Cavalhero, descendente de Christãos, mal nascido e atrevido, como ousaste aceitar esse ramilhete que offereci a Daraxa?

Alhamim, vendo o mau termo de Muça e o pouco respeito que teve a sua pessoa e antiga amizade, não menos apaixonado lhe deu esta resposta:

– Quem diz que sou villão e mal nascido mente mil vezes, pois ninguém pode negar que sou nobre Fidalgo e, exceptuando a El-Rey meu Senhor, nenhum hé tão illustre como eu sou!

E dizendo isto, despido o alfange, investio a seu contrário. A este rumor acodio El-Rey para com a sua authoridade soccegar o tumulto e não fez pouco em o conseguir, por estarem todos os Cavalheros já com as armas empunhadas para acudir a seus affeioados. Informado El-Rey do caso, mostrou-se muito enojado contra seu irmão por haver sido motor daquelle arruído e mandou que fosse da Corte desterrado; ao que Muça não repugnou, dizendo somente que algum dia [5, p. 133] em escaramuças contra Christãos o acharia menos El-Rey seu irmão.

E fazendo demonstração de querer sahir da salla Real, acudirão a detê-lo os Cavalheros, pedindo a El-Rey que fosse servido remover aquelle decreto, dizendo que a culpa de Muça fora accidental e que não merecia tão rigoroso castigo; e ainda que El-Rey estava firme na primeira resolução, obrigado dos rogos da Rainha Sultana sua mulher e dos Cavalheros e Damas, por não descontentar a todos perdoou a seu irmão Muça, que já se mostrava arrependido do que dissera contra Alhamim,

que era seu grande amigo; e logo allí se abraçarão e perdoarão, ficando na amisade tão firmes como de antes erão. Porém com tudo, como de hum erro nascem muitos, succedeo que desta questão se originou outra peyor e mais renhida: porque os Zegrís e Goméis, estimulados da confiança com que fallara Alhamim, a quem elles tinhão ódio por ser da família dos Abencerrages, começarão de novo a provocar o arruído, unidos em hum corpo com os Maças contra os Abencerrages, Almoradizes, Vanegas, Maliques, e Alabezes; e logo na presença del-Rey fallou hum Zegri principal contra Alhamim deste modo:

– El-Rey meu Senhor julgou por mais culpado a seu irmão, sem reparar em que disseste que depois del-Rey não estava nesta Real salla Cavalhero tão illustre como tu. Não tenho por bom Cavalhero o que tanto se exalta e exaggera e se não fora estar na sua Real presença já tivera castigado a tua ousadia!

A estas razões se oppoz hum Cavalhero chamado Malique Alabez, muy chegado parente e amigo de Alhamim, dizendo:

– Muito me admiro, Zegri valeroso, de que estando nesta Real salla tão illustres Cavalheros fosses tu só o que te mostras aggravado sem causa nem razão para tornares a renovar novos escândalos, pois hé certo que Alhamim disse a verdade à vista da notória e antiga nobreza dos Abencerrages, descendentes dos Reys de Fez e Marrocos e do grande Miramamolim. Não cuides que, por descenderes dos Reys de Córdova, és mais illustre nem tanto como os Abencerrages. Os nobres Almoradizes já sabes que descendem desta Real casa de Granada, também da linhagem dos Reys de África, e nós os Alabezes também descendemos del-Rey Almohabez, Senhor do grande Reyno de Cuco, e muy aparentados com os famosos Malucos; e aonde estão todos estes Fidalgos não devias tu fallar, por se não renovarem novos pleitos e dissensões; porque certamente não há em Granada Cavalheros mais nobres nem tanto como os Abencerrages, e quem disser o [6, p. 134] contrário mente mil vezes como villão e não o tenho por Fidalgo.

Ouvida esta falla pelos Zegrís e seus parciaes, se levantarão todos muy resolutos para matar aquelle que a fizera; o que vendo os Abencerrages, se pozerão em ordem de defensa; porém El-Rey acodio logo a soccegá-los, receando que aquellas dissensões fossem a causa da sua perdição e

de toda Granada, que parece que o coração lhe prognosticava os infallíveis preságios da sua ruína, como depois lhe succedeo. Soccegados os Cavalheros e feitas as amisades, ainda que fingidas, ordenou El-Rey que para confirmação dellas se fizessem grandes festas de torneos, canas, e argolinhas, e encomendou a Muça que para ellas dispozesse tudo como melhor lhe parecesse.

Todos os Cavalheros se começaram a dispor para as festas, em que cada hum, querendo parecer melhor, se ornava com os mais ricos vestidos que podia. Os Zegrís, com o desejo de se vingarem dos Abencerrages, assentarão entre si de entrarem nas festas com couras d'anta por baixo dos vestidos e de levarem occultamente lanças offensivas para romperem com os Abencerrages no mayor fervor do jogo e matá-los todos às lançadas. Os Abencerrages não souberão deste maõ intento dos Zegrís, e assim entrarão na praça desarmados com canas nas mãos, porque as lanças levavão os seus escudeiros. Começadas, pois, as justas, andando os Abencerrages fazendo estremadas gentilezas de cavallaria, se encontrou Mahomad Zegri com Malique Alabez (aquelle que na salla Real acodio por Alhamim) e lhe arrojou a lança com tal força que, rompendo-lhe a adarga, ainda o ferio no braço; o que vendo o Malique, começou a dar grandes gritos, dizendo:

– Traição, traição, que nos fazem os Zegrís, pois nos arremeção lanças em lugar de canas!

Os valerosos Abencerrages, ouvindo aquellas palavras, pedirão logo as suas lanças para estarem apercebidos contra toda a fortuna que se lhes offercesse; e Malique, mais bravo do que hum Leão, correo a satisfazer-se do agravo recebido; e encontrando-se com o Zegri Mahomad lhe disse:

– Ó Zegri traidor, essas são as acçoens de Cavalhero?

E metendo-lhe a lança pela garganta, deu com elle morto em terra; e logo os dous bandos de Zegrís e Abencerrages começaram huma bem renhida escaramuça, de que os Zegrís não levarão a melhor, até que El-Rey desceo à praça e os mandou aquietar sob pena de traição se logo o não fizessem; e assim todos os des- [7, p. 135] interessados o ajudarão a compor naquella discórdia como melhor poderão. Neste dia esteve Granada em grande perigo de perder-se com as intestinas e civis

discórdias de seus naturaes, ainda que El-Rey Audalhá fez todas as diligências possíveis para os pacificar.

Logo todos, seguindo suas quadrilhas, se forão a suas pousadas, os Abencerrages pezarosos de não deixarem naquelle dia castigados os Zegrís e estes resentidos de se não haverem vingado, pelo que hião muy tristes, pois além de levarem hum companheiro morto levavão outros muito feridos, do que resultou ganharem-lhe tal ódio que logo tratarão de os malquistar com El-Rey por meyo de hum falso testemunho. Erão estes nobres Abencerrages homens de grande valor e boas prendas e por suas moraes virtudes muy estimados del-Rey e do povo, e tão amigos dos Christãos que os hião visitar às masmorras para os favorecer não só com esmolos, mas também a alguns com a liberdade. Erão também muy leaes e amigos do seu Rey, e dotados de grande gentileza e discrição; e como os Zegrís e Goméis não tinham estas prerogativas desejavão com ânimo cruel e invejoso extingui-los de todo, para que delles não houvesse geração em Granada. Succedeo, pois, que, andando os Zegrís com este mau intento, sahio El-Rey de Granada com muita gente de guerra e entrando na Andaluzia fez nella grandes extorsoens, e recolhendo-se com huma grossa preza de gados lhe quizerão cortar o passo algumas Companhias de Andaluzes e lho disputarão por largo espaço de tempo; porém, como os Mouros os excedião no número em grande parte, conseguirão estes a victória, ainda que cara, pois lhes custou as vidas de seiscentos Mouros. Recolhido El-Rey às suas terras, celebrou a victória com grandes festas, às quaes concorrerão todos os Mouros illustres de sua Corte e entre elles os Zegrís, inimigos declarados dos Abencerrages; e estando El-Rey fallando com hum principal Cavalhero da mesma geração dos Zegrís, chamado Mahomad, começou a louvar muito o grande valor dos Abencerrages, dizendo que a elles devia a victória que alcançara dos Christãos. Era este Cavalhero irmão do que no jogo das canas morreo às mãos de Malique Alabez, e tanto que ouviu o louvor que El-Rey dava aos Abencerrages, não podendo sofrê-lo respondeo:

– Ó, como Vossa Alteza está cego e affeiçoado aos Abencerrages e como [8, p. 136] acode pelos que são traidores a sua Real Coroa! Ó, que

se Vossa Alteza soubera a traição que elles andão maquinando, como os aborrecera!

Confuso o Rey com aquellas vozes, lhe mandou depor todo o que sabia naquella matéria; e o alleivoso Zegri, com demonstrações de repugnância para melhor lhe suggerir aquella falsa informação, lhe respondeo deste modo:

– Não deixarey, Senhor, de obedecer; porém, para que não se entenda que com ódio e mau ânimo os accuso (pois o motivo com que fallo hé só o zelo da honra de meu Rey), peço a V. Alteza que mande chamar à sua Real presença a meus sobrinhos Alli Hamete e Mahandon e a meu irmão Mahandim Gomel, porque estes o podem largamente informar da conjuração que contra vossa Real pessoa andão maquinando os falsos Abencerrages.

Vierão logo os três Mouros nomeados e perante El-Rey depozerão o seguinte:

– Todos os Abencerrages estão conjurados contra Vossa Alteza para vos matarem e tirarem o Reyno; e a este grandíssimo atrevimento dá grande favor e ajuda a Rainha minha Senhora por ser da mesma linhagem dos Abencerrages, a qual esquecendo-se do syncero amor com que sempre foy tratada de Vossa Alteza e de sua própria honra, tem ilícitos tratos e amores com Albim Hamad, o mais poderoso e rico de todos os Abencerrages, e intenta casar-se com elle e coroá-lo Rey de Granada; e mais deveis, Senhor, de saber que eu e estes três Cavalheros a vimos estar no jardim debaixo de humas roseiras em actos libidinosos como o falso, traidor e adúltero Albim Hamad; e, porque somos testemunhas de vista e professamos guardar e zelar a honra de nosso Rey e Senhor, lhe damos aviso de tudo para que mande fazer justiça; e assim temos cumprido com a ley de Cavalheros.

Ficou El-Rey atónito com aquelle horrível processo que contra a innocente Rainha e leaes Abencerrages formou a emulação e ódio dos aleivosos Zegris e Goméis, e dando-lhe inteiro crédito, sem outra averiguação, rompeo o silêncio nestes desatinos:

– Ó Mafoma, em que te offendi? Este hé o galardão que me dás pelos sacrificios que te offereço e pelos incensos que tenho queimado em teus altares; pois viva Alá que não há de ser assim, que hão de morrer

degollados todos os Abencerrages e a Rainha queimada; vamos, vamos à Cidade e seja a Rainha preza, que eu farey tal castigo que dê brado em todo o mundo.

Logo o mal aconselhado Rey partio para a Cidade de Granada e, mandando prender a Rainha, ordenou que se lhe desse parte da accusação e que se dentro de trinta dias não mostrasse [9, p. 137] sua defeza, dando quatro Cavalheros que com as armas na maõ defendessem sua causa vencendo o duello no campo, fosse queimada viva; e também ordenou que os quatro accusadores defendessem sua fé e testemunho contra quaesquer Cavalheros que a Rainha nomeasse para sua defeza. Tinha este Rey no seu Palácio hum páteo a que chamavão o Quarto dos Leões, e dentro nelle ordenou que se metessem trinta Cavalheros Zegrís armados e hum algoz, e daqui mandou chamar os Abencerrages, cada hum por sua vez, e assim como entravão os Zegrís pegavão nelles e lhes cortavão as cabeças com cruel deshumanidade; e deste modo degollarão trinta e seis nobres Abencerrages, de cujo sangue alli derramado innocentemente se vem ainda hoje rubricadas as pedras daquelle lugar, como me afirmou certo Presbytero do Hábito de S. Pedro, que em Granada diz que o vira neste presente século. Evitou-se a total mortandade dos Abencerrages por meyo de hum escudeiro que, acompanhando a seu amo, teve lugar de entrar com elle no páteo dos Leões sem ser visto dos ministros daquelle cruelíssima injustiça, e como vio a mortandade dos Abencerrages e juntamente degollar a seu senhor, voltou para fora e publicou tudo pela Cidade, de que resultou acudir o povo amotinado ao Palácio e matar também a todos os Zegrís que alli se achavão, e faria o mesmo a El-Rey se este se não retirara apressado a huma Mesquita que tinha no lugar aonde hoje chamão o Cerro de Santa Helena, na qual esteve escondido alguns dias, até que seu irmão Muça soccegou o tumulto e o foy buscar à dita Mesquita e o trouxe para a Corte.

Restituído El-Rey ao seu Palácio (a que os Mouros chamão Alhambra), fez chamar aos accusadores e lhes disse que nomeassem os Cavalheros que em campo havião de sustentar a accusação da Rainha, a qual elles disserão que querião tomar sobre suas pessoas para a fazerem pública a todo o mundo e mostrarem a todos a culpa dos Abencerrages; com cuja

reposta El-Rey se confirmou mais no seu engano e mandou prender a Rainha na Torre de Comares. Fez também publicar um edicto em que declarava por traidores a todos os Abencerrages e os desterrou do Reyno, sob pena de morte, dentro em três dias. Os Abencerrages (que serão até duzentos), quanto que tiverão notícia do edicto, pedirão a El-Rey dous mezes de prazo para [10, p. 138] saírem do Reyno, os quaes se lhe concederão; e logo concordarão entre si fazerem-se todos Christãos, de cujo santo intento derão parte a El-Rey D. Fernando por carta que todos assignarão e lha mandarão a Talavera por hum cativo Christão, na qual lhe pedião que os quizesse admitir em seu serviço, porque desejavão professar a Ley de Christo; cuja alegre notícia estimou muito El-Rey Cathólico, aceitando-lhe a offerta e offerecendo-lhe todo o seu favor com palavras de grande confiança; com a qual resposta não ficarão menos alegres os Abencerrages, pois assim que a receberão partirão para Talavera e alli se bautizarão e servirão a El-Rey D. Fernando com grande reputação, assim na paz como na guerra, e por sua indústria receberão e professarão muitos Mouros seus parentes e amigos a Fé de Christo e se veyo depois a entregar quasi todo o Reyno de Granada a El-Rey D. Fernando.

A Rainha, vendo-se preza sem culpa, se desfazia em lágrimas, maldizendo sua fortuna em tal forma que chegou a intentar matar-se por suas mãos; mas esta deplorável cegueira impedio huma cativa Christãa que lhe assistia, a qual vendo sua senhora rodeada de tantas angústias a consolou dizendo-lhe que se não afligisse, porque se tivesse fé e confiança em Deos todo poderoso e em sua santíssima Mãe, promettendo firmemente de se fazer Christãa, ella lhe assegurava que seria livre daquella infâmia e posta em sua liberdade. Ao que a Rainha (tocada de luz superior) respondeo que sim promettia, porque sentia em seu coração hum ardente desejo de se bautizar, causado pelas grandes maravilhas que, ouvia dizer, obrava o Deos dos Christãos por seus servos, pelo que já não temia a morte, mas antes desejava sahir daquella torre e declarar-se Christãa pelas ruas de Granada, para que seus inimigos a bautisassem em seu próprio sangue. Vendo Esperança (que assim se chamava a cativa) o bom propósito e vocação da Rainha, lhe aconselhou que mandasse pedir favor e ajuda em sua necessidade a D.

João Chacon, Fidalgo Castelhana e bem conhecido em Granada por suas grandes proezas militares contra os Mouros que assistia na Corte del-Rey D. Fernando; porque este era tão valeroso que bem podia esperar delle bom successo em tanta desventura, pois tinha muitos amigos que sem dúvida o acompanhariam naquella empreza e lhe darião o bom fim que ella desejava. Pareceu bem à Rainha aquelle arbítrio, por- [11, p. 139] que desejava que sua innocência fosse antes defendida por Christãos do que por Mouros; e logo escreveo huma carta, que entregou a seu cunhado Muça para que com toda a diligência a mandasse a D. João Chacon; o que Muça logo executou com boa vontade, ainda que não sabia o que nella se continha.

Recebeo D. João Chacon a carta da Rainha com grande contentamento por ver que nella se lhe offerencia huma tão bizarra aventura como era o defender huma innocente Rainha que se queria bautizar; pelo que logo communicou aquelle negócio com o Duque de Arcos, D. Manoel Ponce de Leão, e com D. Affonso de Aguiar e D. Diogo de Córdoba, Alcaide dos Donzés, os quaes não só lhe approvarão a empreza, mas também se lhe offerecerão para o acompanhar nella. Mostrou-lhes D. João a carta da Rainha, na qual ella declarava a intenção que tinha de ser Christã, os nomes dos quatro accusadores e o dia apazado para o desafio; o que visto por todos, de commum consentimento resolverão que respondesse D. João à Rainha, agradecendo-lhe a escolha que fizera da sua pessoa, havendo naquella Corte outros Cavalheros de quem podera fiar aquelle negócio, e lhe promettesse que no dia assinalado pelas quatro horas da tarde elle com três Cavalheros seus amigos se acharia no lugar do desafio para sustentar sua causa e defender sua innocência. Com esta reposta ficou a Rainha muito alegre e consolada; e logo estes Cavalheros se começarão a dispor para a jornada com cavallos e armas; e vestindo-se ao modo Turquesco, por não serem conhecidos, a fizeram por caminhos encobertos até que, chegando à Veiga de Granada, os alcançou hum Mouro que com grande pressa seguia a mesma derrota; porém como pelos trages lhe parecerão Turcos (o que raras vezes se via por aquellas terras), admirado e desejoso de saber quem erão, se deteve a saudá-los e lhes perguntou donde vinhão; ao que D. João quiz satisfazer em língua

Turca, mas o Mouro, não entendendo aquella linguagem, lhe pedio, que lhe falasse em Árábio, o que então fez D. Diogo de Córdova, dizendo:

– Nós outros somos de Constantinopla, de nação Genízaros; temos soldo do Grão Senhor e estamos de guarnição em Mostagan; e como tivemos notícia que nestas fronteiras há muitos Christãos de admiráveis forças, viemos com intento de provar as nossas com elles. Desembarcámos em Adra e corremos esta Veiga e, como os não encontrá- [12, p. 140] mos para satisfazer nossos desejos, queremos ir ver a famosa Cidade de Granada e beijar a mão a El-Rey, para depois tornarmos à nossa fragata; e já que satisfazemos vosso gosto, hé razão que também nos digais quem sois e a causa porque caminhais tão apressado.

– Eu – respondeo o Mouro – chamo-me Gazul, venho de S. Lúcar e vou para Granada a achar-me presente à defesa de um desafio que hoje se há de sustentar contra a Rainha Sultana, porque lhe imputarão certos Cavalheros a culpa de adultério com hum Cavalhero Abencerrage meu parente, e porque julgo e creyo que está innocente a Rainha, vou ver se esta me quer admittir em sua defesa; pelo que apressemos o passo, porque me parece que já tardeo.

Fingirão os Cavalheros grande admiração e se lhe offerecerão para o ajudar, se a Rainha o consentisse, e o Mouro lhes prometteo de fallar e apoiar aquella pertença quanto lhe fosse possível; e em quanto elles continuavão sua jornada, daremos aqui notícia do que se passava na Cidade.

Chegado, pois, o último dia do prazo, foy o valeroso Muça à Torre de Comares dizer à Rainha que se preparasse e viesse à praça do desafio escolher Cavalheros que a defendessem, porque assim o ordenava El-Rey seu irmão. A Rainha se meteo logo em huma liteira que se lhe prevenio para o mesmo effeito e, levando comsigo sua cativa Esperança, foy conduzida com grandes guardas até à praça, e alli a pozerão em o público cadafalso em que havia de ser sentenciada. Assim esteve alli a afligida Rainha, toda coberta de luto, e do mesmo modo na praça ao lado direito do cadafalso todos os Cavalheros seus parentes e parciaes, esperando que delles sahíssem os quatro mantenedores que a havião de defender; porém ella, confiada na promessa e palavra de D. João, não

quize aceitar nenhum daquelles Cavalheros, dizendo a Muça que já tinha nomeado os que havião de sustentar e defender sua honra e reputação. Ao lado esquerdo estavam os Zegrís, Goméis e Maças, (que só este lugar merecião, como sequazes da maldade), e entre elles os quatro accusadores, cujos nomes erão Mahomad (cabeça principal da traição), Alli Hamete, Mahandon e Mahandim, todos custosamente vestidos e armados. Os Mouros parciaes da Rainha, vendo que erão já duas horas da tarde sem ella nomear defensores, começarão a entrar em várias considerações, e delles subirão quatro ao cadafalso e lhe disserão:

– Grande descuido há sido o de Vossa Alteza em nomear defensores [13, p. 141] sabendo que se vay acabando o dia. Nós outros condoídos de vossa desgraça, vimos offerecer-nos à batalha, se fordes servida que vos defendamos.

Respondeo a Rainha:

– Não tenhais pena de minhas tribulações, porque já tenho nomeado Cavalheros que me defendão, os quaes espero até às quatro horas, para com elles triunfar de meus inimigos; e quando elles faltem (o que não presumo), eu vos aceito a offerta para que me defendais, fazendo conhecer a todo o mundo a má intenção de meus falsos accusadores.

Ouvindo elles isto, descerão do cadafalso e se tornarão a seus lugares; e estando tudo em silêncio até às quatro horas, improvisamente se começou a ouvir hum grande rumor e alvoroço causado pela multidão da Mourisma, que na praça esperava o successo da batalha.

Então apparecerão no campo os Cavalheros Christãos acompanhados do Mouro Gazul, que na Veiga os alcançou; e como vinhão vestidos ricamente ao modo Turquesco, causarão grande admiração nos Mouros, os quaes lhe derão a boa-vinda com grandes demonstraçoens de alegria, principalmente a Gazul, a quem perguntarão se os conhecia; e este lhes respondeo que na Veiga se havião encontrado. Chegarão os Christãos ao cadafalso e pedirão licença aos Juizes para fallar à Rainha, o que sendo-lhe concedido subio D. João e, feita a devida reverência, lhe fallou alto, de modo que os Juizes ouvissem, nesta substância:

– Com a tempestade do mar, Rainha, e Senhora, arribámos à costa de Hespanha, e desembarcámos em Adra com intento de escaramuçar com os Christãos, e buscando-os na Veiga, nenhum encontrámos, pelo que

logo partimos a ver esta famosa Cidade, em cujo caminho nos alcançou hum Cavalhero Mouro, chamado Gazul, o qual nos deu conta do infeliz negócio de Vossa Alteza, dizendo-nos que não tínheis quem vos defendesse nem queríeis que vossa causa fosse sustentada por Mouros. Nós outros somos Turcos Genízaros, descendentes de Christãos, e condoídos de vossa contraria e adversa fortuna, vos queremos defender à força de lança e espada e castigar as offensas e injúrias que de vossos inimigos recebestes.

Em quanto D. João dizia estas palavras, deixou cahir ao descuido huma carta aos pés da Rainha, de modo que não foy vista dos Juizes, e a cativa Esperança a levantou e deu à Rainha, a qual, conhecendo a letra do sobrescrito, advertio no segredo e disfarce e com o mesmo respondeo a D. João:

– Eu, valeroso Cavalhero, estive ategora esperando por [14, p. 142] certo Cavalhero que me deu palavra por escrito de estar aqui hoje, e com elle três Cavalheros seus amigos; mas porque este já tarda e vós quereis tomar à vossa conta este negócio, eu vos agradeço muito essa fineza, e em vossas mãos e nas de vossos illustres companheiros ponho hoje minha honra e vida e liberdade, assegurando-vos que entraís no campo como defensores da innocência, pois em nenhuma das culpas que me imputão tenho incorrido.

Então disse D. João aos Juizes que mandassem escrever aquelle auto para que a Rainha o assignasse. Feito isto, desceo D. João do cadafalso e, montando a cavallo, disse a seus companheiros:

– Senhores, nossa é a batalha, demos-lhe logo princípio antes que seja mais tarde!

Alli forão os Christãos muy comprimentados e cortejados dos Mouros parciaes da Rainha, pedindo-lhe que empenhassem todas as suas forças naquella batalha, como de taes Cavalheros se esperava. Recolhidos os Mouros a seus lugares, ficarão somente no campo os oito contendores, quatro em cada lado da praça.

Muito maravilhados estavam os Mouros de verem os quatro Christãos (que elles jugalvão por Turcos) tão ricamente vestidos e armados, e logo disserão que sem dúvida a Rainha ficava victoriosa, segundo o promettia a robusta e forte desposição de seus defensores. À vista deste tão raro

espectáculo estava a innocente Rainha toda coberta de luto e o coração cheyo de agonias, vendo o miserável estado em que a pozera sua sorte; porém com tudo, confiada em sua innocência e consolada por sua cativa Esperança, moderou algum tanto o seu justo sentimento e fallava com ella, perguntando-lhe se conhecera a D. João; ao que a cativa respondeo que era o que lhe deixara cahir a carta junto aos pés, porque ainda que viera mais disfarçado, não deixaria de conhecê-lo; e desta resposta ficou a Rainha muito alegre, dizendo:

– Agora creyo, que hé certa minha liberdade!

Finalmente mandarão os Juízes fazer sinal de acometer, com grande estrondo de bellicosos instrumentos; e logo D. Diogo de Córdova picou o seu cavallo e se foy chegando para os accusadores, e lhes disse em alta voz:

– Cavalheros, por que tão sem razão haveis accusado a vossa Rainha e Senhora, pondo dolo em sua honra?

A isto respondeo Mahomad:

– Accusamo-la por adúltera e aleivosa, porque a vimos com nossos olhos cometter adultério com o falso e traidor Albim Hamad dentro no jardim del-Rey nosso senhor, e por [15, p. 143] acodirmos por sua honra a havemos denunciado, para que a mande castigar conforme merece sua culpa.

D. Diogo, cheyo de cólera, lhe tornou:

– A Rainha vossa senhora, que presente está, não tem de nenhum modo offendido a El-Rey seu marido, por quanto vós, e todos os que disserem o contrário, sois falsos e traidores; e pois estamos em parte onde se há de saber a verdade, apercebei-vos para a batalha, porque hoje a confessareis à custa de vosso sangue!

Dito isto, logo D. Diogo terciou sua lança e com o conto della deu hum terrível golpe pelos peitos a Mahomad, que o deixou lastimado de tal sorte que se fora com o ferro seria escusado segundo, porque só aquelle bastaria para o matar. O Zegri Mahomad, vendo-se affrontado e desmentido, largou rédeas ao cavallo e foy a ferir a D. Diogo; mas elle, como homem experimentado na guerra, se retirou a hum lado e voltando sobre o Mouro, que vinha direito a elle, travarão huma muy renhida escaramuça. Começarão os trombetas a provocar à batalha com grande

estrondo de instrumentos militares, e a este sinal se moverão os demais contendores, huns contra outros, com tal fúria que a terra, oprimida com o tropel dos cavallos e ruidoso movimento das armas, pareceo que tremia de assustada. A D. Manoel Ponce de Leão cahio em sorte contender com Alli Hamete, D. Affonso de Aguiar com Mahandon, D. Diogo com Mahomad, e D. João com Mahandim; e reconhecendo cada hum a seu contrário travarão huma cruel batalha, que todos disputarão com grandíssimo valor.

Os Mouros, além de serem muy valientes, erão soberbos e orgulhosos, e como se vião mais combatidos do que esperavão, valendo-se de suas grandes forças pelejavão com valor desesperado, como homens a quem já não doía perder as vidas. Aproveitava-lhe porém muito pouco o seu esforço, porque contendião com a flor de Castella, que lhe reprimia os impulsos com mais vigorosa opposição. Tal era o ardor militar com que os Christãos pelejavão, que seus golpes, causando ao mesmo tempo horroroso espanto aos menos alentados, infundião novo bellicoso ardor aos destemidos; e andando assim escaramuçando com admirável braveza, foy D. João ferido na coixa da perna direita, e querendo melhorar-se esperou seu inimigo, que logo o tornou a buscar muy ufano e risonho, dizendo com grande algazara:

– Agora sabereis, Turco, se há Mouros Granadinos capazes [16, p. 144] de pelejar e resistir a todos os Cavalheros do mundo!

D. João, vendo que o Mouro o tornava a buscar, meteo pernas ao cavallo e se encontrou com elle com tanta força que o derribou em terra, e apeando-se largou sua lança e, puxando da espada, arremeteo contra elle, ao qual achou já com o escudo abraçado e o alfange na mão, e assim andarão às cutiladas largo tempo, até que o Mouro recebeu hum tão desatinado golpe que lhe decepou a perna esquerda, e com outras feridas na cabeça e em várias partes do corpo deu comsigo em terra desfalecido, arrenegando da guerra e maldizendo sua ventura. D. João, quando vio vencido a seu contrário, ainda que à custa de duas feridas, levantando as mãos ao Céu louvou a Deos, que lhe deu victória, e tomando sua lança, posto a hum lado da praça, se arrimou a ella e esperou o fim da batalha. Logo os trombetas da Rainha tocarão seus instrumentos em reconhecimento do vencido Mouro; o que pôz grande ânimo aos três

Christãos e muita covardia nos Mouros, que com tão feliz princípio perderão as esperanças da victória; e muito mais quando se ouvirão em huma janella os gritos e triste pranto da mulher e irmãs do vencido Mahandim, vendo que com angústias mortaes se revolvía em seu sangue; pelo que os Zegrís e Goméis mandarão fechar as taes janellas, por que tão lastimosos suspiros não causassem desmayo aos Mouros combatentes, os quaes sustentavão sua batalha de modo, que parecia que de novo a começavão, fazendo tanto ruído com as armas como se fossem cincoenta os contendores.

Pelejando, pois, os Cavalheros com ânimo admirável, o enojado Mahandon, vendo seu querido irmão em terra agonizando, quiz deixar a D. Affonso de Aguiar, com quem contendia, para ir tomar vingança do matador, dizendo:

– Pemitti, senhor Cavalhero, que eu vá vingar-me daquelle que matou a meu muito amado irmão, e logo concluiremos nossa batalha.

– Não trabalhes em vão – disse D. Affonso –; demos fim à nossa contenda, porque teu irmão, como bom Cavalhero, fez o que pôde; e não duvides ver-te do modo em que elle está, porque o sangue dos nobres Abencerrages, sem culpa derramado, e a innocência da Rainha estão pedindo justa vingança contra os que ainda estais vivos!

E dito isto o acometeo com fúria e o ferio com a lança, ainda que não foy penetrante a ferida. Exasperado o Mouro, voltou sobre D. Affonso e lhe arrojou a [17, p. 145] lança de modo que, querendo D. Affonso voltar o cavallo para lhe furtar o corpo ao golpe, não o fez tão depressa como convinha, e a lança do Mouro atravessou o cavallo de parte a parte, o qual com a grande dor da lançada se começou a desmandar de tal sorte que não era bastante todo o preceito do freyo para poder sogeitá-lo; por cujo motivo se apeou logo, antes que a queda do cavallo lhe causasse alguma desordem. Ficou o Mouro muy contente de o ver naquelle estado, dizendo:

– Agora me pagareis, Turco, a morte de meu irmão!

E arremetendo a elle para o atropellar, D. Affonso, que era muy ligeiro, fingio que o esperava, e quando o Mouro chegava a elle, deu um salto tal que aquelle passou de largo sem lhe fazer damno e, depois que três vezes foy acometido da mesma maneira, lhe disse:

– Desce, Mouro, desse cavallo, se não queres que to mate, porque te poderá succeder peyor.

O Mouro, parecendo-lhe bom o conselho, se apeou e, abraçando o escudo, se foy direito a elle, dizendo:

– Por ventura me aconselhaste por teu mal?

– Agora o verás – disse D. Affonso – se te aconselhey mais que para te dar cruel morte, justamente merecida pelos grandes damnos que de teu testemunho se hão seguido.

Com isto arremeteo a Mahandon, começando nova e duvidosa batalha, que durou mais de meya hora, do que muito se envergonhava D. Affonso, vendo que lhe durava tanto a vida a seu contrário; pelo que deseioso de concluir com elle a contenda, se lhe chegou o mais que pôde, fingindo querer feri-lo na cabeça, e acodindo o Mouro ao reparo, elle rebatendo a mão o ferio gravemente na coxa da pena direita, de cujo golpe o Mouro ficou muy lastimado, e com a vehemência da dor atirou hum tão desesperado golpe a D. Affonso que, dando-lhe na cabeça, não só lhe rompeo o elmo, mas ainda o ferio, supposto que levemente, deixando-o atormentado e sem sentidos, e se não fora de tão animoso coração, sem dúvida cahira em terra e conseguira seu inimigo a desejada victória. Cobrando, porém, D. Affonso o novo esforço, de que seu coração era adornado considerando-se affrontado, investio a seu contrário com fúria tão incomparável que as armas defensivas que o Mouro trazia não forão bastantes a resistir às estocadas com que lhe traspasou os peitos; e assim cheyo de feridas cahio em terra, esgotando-se em sangue, o que vendo D. Affonso, se foy a elle para o degollar; porém, sentindo que estava agonizando, o deixou e deu a Deos [18, p. 146] as devidas graças pela grande victória, que alcançou; e como da ferida da cabeça lhe cahía muito sangue nos olhos, a tapou como pôde e apertou com o turbante; e buscando seu cavallo o achou morto, pelo que montou no de seu contrário e se foy ajuntar com D. João, que também lhe sahía muito sangue da sua ferida, mas com tudo se abraçarão e se derão os parabéns do vencimento.

Celebrarão os instrumentos a segunda victória com muita alegria da Rainha e seus parciaes, a qual era dobrada tristeza para os Zegrís e Goméis. Cessando porém aquelle béllico estrondo, se vio a batalha que

fazião os outros quatro Contendores. D. Manoel Ponce de Leão e Alli Hamete pelejavão a pé, por se lhe haverem cansado os cavallos, e não podendo concluir a sua batalha tão depressa como desejavão andavão muy destros procurando ferir hum ao outro, despedaçando-se os arnezes e as carnes com os violentos e formidáveis golpes das espadas. Já D. Manoel tinha duas feridas e o Mouro cinco; porém nem por isso se lhe vio falta de ânimo e esforço, mas antes com muito ardil buscava occasião de ferir a seu contrário com algum engano, para o que fazia muitos e vários acometimentos; porém D. Manoel lhe frustrava todas as suas maliciosas venidas, porque já lhe conhecia o modo de pelejar. Envergonhado, porém, de tão dilatado combate, por seus companheiros terem concluído os seus e elle estar ainda tão atrazado, cobrou nova ira contra seu inimigo e, chegando-se mais a elle, lhe deo hum golpe tão terrível na cabeça que ainda que o Mouro acodio a repará-lo se não livrou de todo elle, pois lhe rompeo o elmo e o ferio na cabeça de tal modo que perdeu os sentidos, cahindo em terra desacordado; mas tornando em si, se levantou com intento de melhorar de fortuna e castigar a offensa recebida; porém ella lhe sahio tão adversa que, dando hum desatinado golpe em hum hombro de D. Manoel, o não offendeo, ainda que lhe rompeo o arnêz, e D. Manoel ao mesmo tempo lhe descarregou huma tão forte cutilada sobre outra que já tinha na cabeça que logo cahio em terra, blasfemando de seu falso Mafoma, em quem havia posto sua confiança para lhe dar a victória. Assim morreo o terceiro accusador, cuja morte celebrarão os instrumentos com a costumada e béllica armonia; e D. Manoel, montando no seu cavallo, se foy ajuntar com os dous victo- [19, p. 147] riosos companheiros, dos quaes recebo os parabéns da victória, dizendo-lhes:

– Louvado seja Deos que vos livrou daquelle infame Pagão!

Quem nesta occasião visse a Rainha Sultana, conheceria muy claramente em seu rosto a grande alegria de seu coração, vendo que se hião aniquilando seus inimigos, de que se lhe havia de seguir a sua liberdade, e fallando com sua cativa Esperança lhe disse:

– Na verdade, Esperança, que se D. João tem fama de Cavalhero valeroso, como hé, também seus companheiros o não são menos que

elle, pois com tão admirável esforço têm vencido aos melhores e mais valentes Cavalheros de Granada.

– Assim hé, Senhora – responde a cativa –, e eu me alegro muito de que Vossa Alteza me ache em tudo verdadeira.

– Assim o vou experimentando – tornou a Rainha –, mas deixemos por ora esta prática, não a entendão os Juizes, e vejamos o fim do último accusador, que entendo terá a mesma fortuna que os três que já estão mortos.

Os últimos Combatentes, D. Diogo e Mahomad, proseguirão sua batalha com muito esforço; e Mahomad, muito raivoso de ver morto a seu irmão e mais companheiros, vendo-se no mesmo perigo, pelejava como homem aborrecido da vida e affrontado da injúria, considerando a infâmia em que havia incorrido, pelo que com huma fúria desesperada dava talhos e revezes descompostos e desordenados por ver se acaso acertava alguma ferida penetrante com que seu contrário morresse, ainda que lhe succedesse o mesmo; porque desta sorte não ficarião com tanta glória os vencedores, morrendo algum delles; com tudo, ainda que o Mouro pelejava com grande valor, não era menor o de D. Diogo, porque supposto seus companheiros havião alcançado o lauro do vencimento e estavam já descançando, elle parece que começava de novo o seu conflicto, segundo o ardor com que o sustentava; porque seu inimigo era de muy grandes forças e astúcias para pelejar. Andando assim batalhando, se encontrarão ambos tão furiosamente que cahirão em terra com seus cavallos; e levantando-se começarão a combater-se às cutilladas, experimentando cada hum a força de seu contrário contra sua vontade, porque erão muy furiosos e desatentados os golpes que se davão, mostrando cada hum a fortaleza de seu braço e o ânimo de seu coração. Verdade hé que o Mouro andava mais orgulhoso e ligeiro; porém os golpes que dava quasi não offendião, por serem muy fortes as armas de [20, p. 148] D. Diogo; mas o golpe que este dava rompia, cortava e destroçava de tal sorte que não atirava cutilada que deixasse de fazer ferida, ou grande ou pequena, nem aos agudos fios de sua espada havia arnêz que resistisse. O Mouro então, confiado em suas grandes forças, arremeteo a D. Diogo para lutar com elle a braços, e assim andarão largo espaço fazendo grandes diligências para se derribarem;

porém cada hum empenhava o resto de suas forças e trabalhava por se defender. Era o Mouro de corpo quasi agigantado e procurava levantar a D. Diogo no ar para de golpe dar com elle em terra, e por muitas vezes que o intentou nunca o pôde conseguir, porque sempre achou a D. Diogo tão firme que parecia penhasco immóvel, e que o mesmo era querer levantá-lo que intentar arrancar huma árvore de bem profundas raízes. Conhecendo finalmente D. Diogo o mau intento de Mahomad, lembrando-se de hum punhal que comsigo trazia, puxou por elle e lhe deu tres punhaladas por baixo do braço esquerdo, com as quaes o Mouro, sentindo-se mal ferido, deu grandes gritos, e arrancando huma adaga fez com ella também duas feridas a D. Diogo, ainda que pequenas, por ser larga a adaga e não poder penetrar as armas. Ultimamente estimulado D. Diogo de tanta militar competência e movido do nobre ardor que o animava, tal punhalada atirou ao Mouro que não só lhe rompeo o arnêz, mas também lhe traspassou as entranhas, cahindo-lhe aos pés agonizando; então lhe pôz o joelho nos peitos e com o punhal levantado lhe disse:

– Já que foste o principal motor da traição e falso testemunho contra tua senhora a Rainha e nobres Abencerrages, confessa logo a verdade, se não queres que te acabe de matar!

O malvado e traidor Mahomad, vendo-se tão mal ferido, disse:

– Não me dês mais feridas que as que tenho, porque estas bastão para tirar minha alma deste corpo; e pois me pedes que declare a verdade nesta última hora, eu te affirmo que, assim a Rainha como os Abencerrages, todos estão innocentes, e tudo o que lhes imputey hé falso e só eu miserável sou o traidor e aleivoso, pois com meus falsos testemunhos tenho feitos tantos damnos e causado tantas mortes.

À vista desta pública confissão, requereo D. Diogo ao Juízes que portassem por fé e escrito tudo quanto dizia o moribundo Mahomad; o que elles logo fizerão, e assim se soube a verdade daquella diabólica tragédia e se restituhio à Rainha seu crédito, [21, p. 149] a qual muito alegre desceo logo do cadafalso e entrou na liteira para voltar a seus Paços, e os Cavalheros Christãos a vierão alli receber e lhe perguntarão se havia mais que obrar naquelle negócio ou em outro qualquer de sua honra e reputação; ao que ella respondeo que para a satisfação de seu

crédito bastava o que haviam feito, e que receberia grande contentamento se quizessem ir com ella para serem curados das feridas. Aceitarão elles a offerta e, acompanhados de muitos Cavalheiros parciaes da Rainha, a seguirão até os Paços, aonde forão assistidos com as honras que merecia huma tão grande fineza e huma acção tão heroica. Depois que descansarão de tanta militar fadiga, a Rainha os visitou e lhes disse:

– O muito alto e poderoso Senhor Jesu Christo, e sua santíssima Mãe, que o pario sem dor ficando Virgem por divino mystério, vos dê saúde e larga vida e vos pague a honra que me fizestes em me livrar da infame e injuriosa morte que meus inimigos contra mim maquinavão, por cuja mercê me confessarey sempre tão obrigada como agradecida! Agora senhor D. João e mais illustres Cavalheiros, vos peço que, assim que chegardes à corte de vosso Rey, lhe digais com vivas expressões o estado em que se acha esta Cidade, informando-o das civis guerras com que se abraçam os Povos deste Reyno com as parcialidades de três Reys, que o pertendem dominar, a saber, El-Rey Mulahazen meu sogro, Audili seu irmão, e Audalhá meu marido, com o que as gentes estão notavelmente perturbadas e inquietas. Dizei-lhe que dê logo princípio à guerra que intenta fazer a esta Cidade, pois tem agora a occasião opportuna para a sogeitar ao seu império, por se não malograrem os fervorosos desejos que os principaes Cavalheiros della têm de serem Christãos. Também lhe podeis dizer que se aconselhe neste particular com os nobres Abencerrages, que já em sua Corte professão a Ley de Christo, porque elles, como naturaes desta Cidade, sabem melhor os fundamentos e meyo necessários para se effectuar este negócio de tanta supposição; e assim espero de vós, pelo que deveis à ley de nobres e Cathólicos Cavalheiros, que disponhais tudo de modo que eu e todos meus parentes sejamos brevemente admittidos à fé de Jesu Christo e livres dos duros e abomináveis preceitos do Alcorão.

Ouvindo isto D. João, disse à Rainha que faria todo o possível para haver de a tirar das trevas da barbaridade cega para a luz da Religião verdadeira, e lhe pediu licença para voltar à sua pátria antes que El-Rey D. Fernando o achasse menos [22, p. 150] na Corte, por haver sahído della sem seu beneplácito. A Rainha sentio muito ouvir aquella proposta, por entender que estando acompanhada de tão valerosos Cavalheiros se

assegurava de alguma invasão violenta com que seus inimigos poderiam intentar offender-lhe o respeito; porém, vendo o justificado motivo com que D. João lhe insinuava a partida, lhe disse:

– Bem desejara, valerosos Cavalheros, ter-vos sempre em minha companhia, para vos servir e fazer as mercês que mereceis; mas, pois quereis voltar às vossas terras, ide com a bênção de Deos, pelo qual vos peço que vos não esqueçais desta desconsolada e affligida Rainha e de todos os que me acompanhão no desejo de serem Christãos!

Finalmente os Cavalheros se despedirão de Muça, e também de Malique Alabez e de Gazul, os quaes os acompanharão até meya legoa da Cidade com mais de duzentos Mouros seus amigos; e depois que huns e outros se apartarão, seguirão os nossos quatro Cavalheros, alegres e victoriosos, sua derrota para Talavera; e Muça com seus companheiros voltou a Granada a pôr a Rainha em guarda e segurança, porque receava que os parentes e amigos dos mortos accusadores temerariamente intentassem vingar nella os danos recebidos. Restituídos os Christãos à Corte del-Rey Cathólico, não se descuidarão do que a Rainha lhe pedira, antes pozerão logo em práctica a conquista de Granada, persuadindo aos Abencerrages Christãos que assim o aconselhassem a El-Rey; o que elles executarão logo com grande fervor, como tão interessados na empresa, dizendo-lhe que pozesse cerco à Cidade de Granada, porque como a gente estava dividida em bandos, facilmente a poderia ganhar. Pareceu bem a El-Rey aquelle arbítrio e a foy pessoalmente sitiar, e com effeito a sugitou à sua obediência, concorrendo muito para isto os mesmos Abencerrages e o valeroso Muça, que foy causa de se render a Cidade mais depressa do que os Christãos imaginavão, dizendo a El-Rey Audalhá seu irmão que fosse obedecer a El-Rey D. Fernando, porque elle determinava professar a Fé Cathólica com a mayor parte dos Cavalheros da Corte; pelo que lhe não ficava gente que podesse defendê-lo. O Rey Mouro, ouvindo isto, logo se entregou nas mãos del-Rey D. Fernando, que o tratou como grande benevolência; porém elle, não satisfeito com isto, lhe pediu licença para passar a África, e lá o matarão os Mouros, por elle se haver deixado despojar [23, p. 151] de hum Reyno tão populoso e opulento como era o de Granada.

Entrada em fim a Cidade, foy Muça logo beijar a mão a El-Rey Cathólico e lhe pedio que o mandasse bautizar, e a todos os de seu bando. El-Rey o recebeu com inexplicável alegria de seu coração e mandando-o bautizar foy seu padrinho. A Rainha Sultana, vendo-se na presença del-Rey e da Rainha Dona Isabel, se desfazia em lágrimas de alegria e, pedindo-lhes o bautismo, lho mandarão administrar pelo novo Arcebispo daquela Cidade, D. Fernando de Talavera, e forão também seus padrinhos, e dalli em diante se chamou Dona Isabel de Granada, e casando-a depois com hum Cavalheiro principal El-Rey a estimou sempre muito e lhe deu em dote algumas terras do mesmo Reyno de Granada. Toda esta ventura deveo a Rainha Sultana ao bom conselho de sua cativa Esperança, a quem remunerou com a liberdade e com muitas joyas de preço, mandando-a restituir à casa de seus pays depois de sete annos de cativo. Deste modo se foy o felicíssimo Rey D. Fernando apoderando do grande Reyno de Granada e fazendo administrar o Sacramento do bautismo aos que o desejavão receber; pelo que este invicto Monarca não só se fez merecedor do glorioso cognome de *Cathólico*, mas também muito digno de eterna e memorável Recordação; e não menos os quatro defensores da Rainha Sultana, pois com a briosa acção de defenderem a sua innocência abrirão o caminho à exaltação da Fé Cathólica e escreverão nos bronzes da posteridade as memórias de seus illustres progressos.

Temos concluído a narração do célebre desafio de Granada, cuja História escreveo em Arábio hum chamado Abembamim, natural da mesma Cidade; o qual, passando a África com El-Rey Audalhá, a levou comsigo, e depois de muitos annos hum seu neto a offereceo a hum Judeo, chamado Rabbi Santo, o qual a traduziu em Hebreo, e mostrando depois o original Arábio a D. Rodrigo Ponce de Leão (bisneto de D. Manoel Ponce de Leão, hum dos quatro defensores da Rainha Sultana); este o fez traduzir ao mesmo Rabbi na língua Castelhana, de cujo original a offerecemos agora à publica curiosidade dos Leitores, vertida na língua Portugueza.

FINIS LAUS DEO

## LICENÇA DO SANTO OFFÍCIO

*Approvação do R. P. M.D. Caetano de Gouvea, Clérigo Regular da Divina Providência, Qualificador do Santo Offício, &c.*

### EMINENTÍSSIMO SENHOR.

O Papel de que esta petição trata e que vi por ordem de V. Eminência, nada tem contra nossa Santa Fé ou bons costumes; e assim me parece que pode V. Eminência dar licença para que se imprima. Lisboa Occidental, nesta Casa da Divina Providência de Clérigos Regulares, 13 de Novembro de 1733.

*D. Caetano de Gouvea, C. R.*

Vista a informação, pode-se imprimir o papel de que se trata, e depois de impresso tornará para se conferir e dar licença para correr, sem a qual não correrá. Lisboa Occidental, 13 de Novembro de 1733.

*Fr. R. de LancastruCunha Teixeira Sylva Cabedo Soares*

### DO ORDINÁRIO

Pode-se imprimir o papel de que se trata, e depois de impresso tornará para se conferir e dar licença que corra. Lisboa Occidental, 13 de Novembro de 1733.

*Gouvea*

### DO PAÇO

*Approvação de João Couceiro de Avreu e Castro, Cavalleiro professo na Ordem de Christo, Guarda-mor da Torre do Tombo e Académico de número da Academia Real da História Portugueza, &c.*

SENHOR.

Li o Papel intitulado *Desafio sustentado, e defendido na Praça de Granada em defesa da Rainha Sultana, mulher del-Rey Andalhá*, composto por Ignácio Rodrigues Vedouro, que pertende imprimir, para o que pede licença a Vossa Magestade.

O caso que refere hé hum documento da Justiça com que Deos defende a Innocência (ainda entre Bárbaros); hé hum raro exemplo para a execução dos votos; e huma attestação do valor Hespanhol, que devemos publicar pela união que nos resulta das recíprocas alianças destas duas Coroas, que unidas servirão de horror a seus inimigos e de asylo a seus aliados. Pelo que me parece que se lhe deve dar a licença que pede. Vossa Magestade mandará o que for servido. Lisboa Occidental, 9 de Dezembro de 1733.

*João Couceiro de Avreu e Castro*

Que se possa imprimir vistas as licenças do Santo Offício e Ordinário, e depois de impresso tornará à Mesa, para se conferir e taixar, que sem isso não correrá. Lisboa Occidental, 10 de Dezembro de 1733.

*Pereira*

*Teixeira*

§

## Bibliografía citada

- Álvarez-Cifuentes, Pedro, «El *Desafío dos Doze de Inglaterra*, de Inácio Rodrigues Vedouro», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de literatura de cavalleries*, 19 (2016), pp. 127-144.  
URL: < <https://ojs.uv.es/index.php/Tirant/article/view/9491/8992> >  
(cons. 11/04/2018).
- Benito, Ana I., «La ubicua presencia del moro: maurofilia y maurofobia literaria como productos de consumo cristiano», in *Disobedient Practices: Textual Multiplicity in Medieval and Golden Age Spain*, ed. Belén Bistué y Anne Roberts, Newark, Juan de la Cuesta, 2015, pp. 103-128.
- Caro Baroja, Julio, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, Revista de Occidente, 1968.
- Carrasco Urgoiti, M<sup>a</sup> Soledad, *El moro de Granada en la literatura (del siglo XV al XX)*, Madrid, Revista de Occidente, 1956.
- , «La imagen mítica de la Granada nazarí en las literaturas europeas de los siglos XVI y XVII», in *En el epílogo del Islam andalusí: la Granada del siglo XV*, ed. Celia del Moral, Granada, Al-Mudun / Universidad de Granada, 2002, pp. 307-343.
- , *Estudios sobre la novela breve de tema morisco*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2005.
- , *Los moriscos y Ginés Pérez de Hita*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2006.
- Cirot, Georges, «La maurophilie littéraire en Espagne au XVI<sup>e</sup> siècle», *Bulletin Hispanique*, 44 (1938), pp. 150-157.
- Cuesta Torre, M<sup>a</sup> Ludivina, «La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías», in *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. *Poética, lectura, representación e identidad*, eds. Eva Belen Carro Carbajal, Laura Puerto Moro, María Sánchez Pérez, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas / Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002, pp. 87-109.
- Curto, Diogo Ramada, *As gentes do livro. Lisboa, século XVIII*, Lisboa, Biblioteca Nacional de Lisboa, 2007.

- Domínguez, César, «De aquel pecado que le acusaban a falsedad: Reinas injustamente acusadas en los libros de caballerías (Ysonberta, Florencia, la santa Emperatriz y Sevilla)», in *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, Valencia, Universitat de València, 1998, pp. 159-180.
- Durán, Agustín, *Romancero general, ó Colección de romances castellanos*, Madrid, Imprenta de Publicidad de M. Rivadeneyra, 1851.
- Gama, Ângela Maria Barcelos da, *Livreiros, editores e impressores em Lisboa no século XVIII*, Coimbra, Arquivo de Bibliografia Portuguesa, 1967.
- Guijarro Ceballos, Javier, «La historia en los libros de caballerías: la “nacionalización” del *Libro segundo de don Clarián* (1522)», in *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, eds. Eva Belen Carro Carbajal, Laura Puerto Moro, María Sánchez Pérez, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas / Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002, pp. 147-151.
- Marco, Joaquín, *Literatura popular en España en los XVIII y XIX. Una aproximación a los pliegos de cordel*, Madrid, Taurus, 1972.
- Marín Pina, M<sup>a</sup> Carmen, «La historia y los primeros libros de caballerías españoles», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. Juan Paredes Núñez, Granada, Universidad de Granada, 1995, pp. 183-192.
- Nogueira, Carlos, «A Literatura de cordel portuguesa», *eHumanista*, 21 (2012), pp. 195-222.  
URL: < <http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/21> > (cons. 11/04/2018).
- Pérez de Hita, Ginés, *Historia de los vandos de los Zegríes y Abencerrages Cavalleros moros de Granada, de las Civiles guerras que hubo en ella, y batallas particulares que hubo en la Vega entre Moros y Christianos, hasta que el Rey Don Fernando Quinto la ganó*, Zaragoza, Miguel Ximeno Sanchez, 1595.
- Puglisi, Anthony M., «Ginés Pérez de Hita y Aben Hamín: Una digresión para una historia alternativa», in *Compostella aurea. Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro (Santiago de Compostela 7-11 de julio de 2008)*, eds. Antonio Azaustre Galiana,

- Santiago Fernández Mosquera, Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2011, vol. II, pp. 428-434.
- Silva, Inocêncio Francisco da, *Diccionario Bibliographico Portuguez*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1859.
- Tyler, Richard W., «Algunas versiones de la leyenda de la Reina Sevilla en la primera mitad del Siglo de Oro», in *Actas del II Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Nijmegen 20-25 de agosto de 1965)*, Nijmegen, Instituto Español de la Universidad de Nimega, 1967, 2011, pp. 635-641.
- Vilches Fernández, Rocío, «El trasfondo histórico de los libros de caballerías», in *Antes se agotan la mano y la pluma que su historia / Magis deficit manus et calamus quam eius hystoria: homenaje a Carlos Alvar*, eds. Constance Carta, Sarah Finci y Dora Mancheva, San Millán de la Cogolla, Cilengua / Fundación San Millán de la Cogolla, 2016, vol. II, pp. 1747-1763.